

## **Antonio J. Pérez Amuchástegui, entre la cátedra y el kiosco**

Autor: **Rodrigo Hugo Amuchástegui**

*“no ningunees hoy  
que serás ninguneado  
mañana”*(RHA)

Nuestra exposición seguirá el siguiente plan:

1. Antecedentes personales y biográficos.
2. Críticas y elogios.
3. La concepción de la historia de Pérez Amuchástegui.
4. El libro *Ideología y acción de San Martín* como una ejemplificación de lo anterior.
5. Pérez Amuchástegui en su contexto universitario.
6. Final

### **1. Antecedentes personales y biográficos**

#### *Comentarios del autor*

Mi interés inicial se originó porque Pérez Amuchástegui respondía perfectamente a la propuesta del seminario “El pensamiento de los historiadores argentinos”. Por cuestiones familiares, tenía, por una parte, buena parte de sus textos y, por otra, la posibilidad de conseguir, al menos creía eso en principio, datos no fácilmente accesibles para otros, de forma de construir un retrato, aunque incompleto, de un historiador argentino. Pero, además, me atraían algunos paralelismos, pues había tenido una materia introductoria (*Introducción a la Historia*) muy numerosa y me preguntaba cómo se había mantenido funcionando -en una rápida comparación con el *Seminario de los Jueves* y la cátedra del Ciclo Básico Común, que dirige Tomás Abraham. Sin embargo, los datos que obtuve no respondieron a mis expectativas, pues si bien se realizaban reuniones de cátedra relativamente periódicas, las mismas estaban dirigidas a las decisiones prácticas académicas (es decir, textos y enfoques de lecturas). Por otra parte, tenía reuniones periódicas de investigación con sus múltiples discípulos, pero éstas no eran excesivamente numerosas, hasta donde sé. Y además, por un episodio violento - que luego comento- y un artículo en una revista que sacaron algunos de sus ayudantes marcadamente marxistas, donde criticaban la ideología de la cátedra, advertí que las comparaciones son odiosas y no seguí por ese camino.

La cuestión del kiosco, que menciono en el título, es muy breve. Entre 1968 y 1969 apareció semanalmente en los kioscos de diarios y revistas, la revista *Crónica Histórica Argentina*, publicación que según él “tuvo singularísimo éxito” y de la cual no solo era el principal asesor (muchos lo creían su director), sino que escribía la sección “Más allá de la crónica”. La revista llega en sus análisis solo hasta la década del treinta (fueron 75 fascículos). Tuvo colaboradores destacados como Augusto Raúl Cortazar en la sección “Historia y Folklore” y Ramón Gutiérrez en “Historia de la Arquitectura”. De *Crónica Histórica Argentina* afirmó: “pienso que con esa publicación demostramos que se puede hacer historia seriamente en lenguaje sencillo y al alcance de todos” (1978: 13).<sup>1</sup> Le pidieron que la continuase hasta los años sesenta, pero *entendía que no se puede hacer*

---

<sup>1</sup> No sé qué pensaba en ese momento Félix Luna que desde 1967 estaba publicando *Todo es historia* por esta competencia, aunque me consta que respetaba el trabajo de historiador de Pérez Amuchástegui.

*historia objetiva del propio presente.* Él había sido expulsado de su trabajo por el peronismo y no hubiera podido evitar proyectar sus propias emociones en la historia, lo que atentaba contra su pretendida objetividad. Sí, podía, sin embargo, distanciarse del irigoyenismo, así en una entrevista dice: “Mi padre era antiirigoyenista feroz, pero yo lo estudio a Irigoyen sin ningún prejuicio, no me interesa nada de la opinión de mi padre”.

Mis recuerdos personales son muy difusos. No fue mi tío, como algunos han supuesto. Era Amuchástegui por parte de madre y supongo que primo, en algún grado, de mi padre, que tenía amistad con él, al margen del parentesco. Un muy amigo de mi padre (mi padrino) se casó con una de sus hermanas, lo cual establecía contactos familiares y amistosos. Recuerdo que mi padre, que era bioquímico y en la década del sesenta tenía un laboratorio en Adrogué, volvía siempre con el ejemplar semanal de *Crónica Histórica Argentina* que compraba en un kiosco en Constitución, y que es parte de mi “herencia”. Aunque no muy frecuentemente, la familia Pérez (Pérez Amuchástegui, y primos Pérez Bourbon, Pérez Temperley, Pérez Zerda y algún otro) alquilaba una quinta y nosotros éramos parte de los invitados. En una de ellas recuerdo que estaba escrito en la puerta de ingreso: “La pereza es la madre de todos los Pérez”. Es por eso que me voy a permitir, y con conciencia de que es injusto al referirme a una persona tan activa como él, continuar nombrándolo como “Pérez A.” y no con todo el apellido con el que era conocido. Por supuesto que en esas reuniones era también un centro de atención, como en la vida académica. Pero no fue mucho mayor mi contacto con él. La historia argentina no me interesaba ni me interesa particularmente. Cuando yo dejé mis estudios de ingeniería para entrar a Filo, mi padre insistió en que lo fuera a ver con la esperanza (desconozco si lo hablaron previamente) de que él como experto me mostrase las dificultades y problemas de la elección de una carrera humanística y yo desistiera de ese proyecto. No lo fui a ver en ese momento.

Salvo un par de mínimas charlas, tengo el mismo recuerdo directo que los miles de alumnos que cursaron su materia, recuerdos que son muy inferiores a los de aquellos que trabajaron directamente con él, tanto como ayudantes o como discípulos, colegas, investigadores, etc. Por eso, para esta exposición, salvo una entrevista específica a una profesora que fue, creo, asociada o adjunta (Margarita Montanari), y algún intercambio con otra por mail, y bastante de Internet, me basé principalmente en varios de sus escritos. Mi trabajo adquirió finalmente un cariz defensivo o apologetico para contraponerlo a lo que entiendo su actual olvido en la carrera de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

### *Introducción propiamente dicha*

El 18 de diciembre de 1971 estalló una bomba de mediano poder en el 6to. piso de Córdoba 1896, Córdoba y Riobamba, que destruyó un escalón de mármol y podría haber hecho lo mismo con el desafortunado que lo hubiera pisado en ese momento. No fue así, afortunadamente, nadie salió dañado. Allí vivía el profesor de historia Antonio J. Pérez Amuchástegui, cuyas vivencias e ideas trataré de sintetizar en esta oportunidad. Sus concepciones y sus procedimientos tradicionales de enseñanza (que incluían que los alumnos dieran examen individual y no grupal, autoevaluándose, para aprobar la materia) no les parecían a algunos suficientemente democráticos y protestaban a su modo... De todos modos, en este caso, fueron más dañinos los efectos ‘inmateriales’ del olvido, que los estrictamente materiales.

## Apuntes biográficos y autobiográficos

Nació el 26 de marzo de 1921 y murió el 7 de julio de 1983. Doce años después se editó un libro homenaje *La historia como cuestión. Antonio Pérez Amuchástegui. In memoriam* (Ravina 1995). Su domicilio de la avenida Córdoba, al lado del bello edificio de Obras Sanitarias (luego Aguas Argentinas y posteriormente AySA, aunque él lo consideraba feo y muy costoso) fue durante mucho tiempo el centro de referencia de discípulos, colegas e investigadores.

Su *especialización* fue la historia argentina y la americana y, en particular, la metodología de la investigación histórica. Fue miembro de la Academia e Instituto Sanmartiniano, y también de la Academia Nacional Juan Manuel de Rosas, de la que participó como miembro académico<sup>2</sup> e incluso también de la Academia Paraguaya de la Historia y de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela (Oliveira César 1982), lo cual es comprensible cuando se leen sus escritos.

Estudio entre 1951-1956 y se doctoró con una tesis sobre San Martín y el Alto Perú.

Hijo de general e incluso casado con una hija de general, solo menciona como herencias paternas un “hondo amor por el país” juntamente con la parte histórica de la biblioteca familiar.

Ingresó como cadete en el Colegio Militar pero, por una conmoción cerebral producto de un accidente, debió renunciar a la carrera (en su momento le daban dos años de vida). Según la historiadora Hebe Clementi, esa fue una frustración de su vida (Ravina 1995: 22). Podemos suponer que en su dedicación sanmartiniana pudo canalizar lo mejor que la vida militar podía proyectar, aunque él valora profundamente la disciplina aprendida, que aplicó en su metodología investigativa. Esos antecedentes militares son sin duda el foco de los múltiples ataques y olvidos que recibió. Así se lo menciona despectivamente como el “capitán” Pérez Amuchástegui (Bonavena 2001), para asociarlo a la dictadura, aunque, a lo máximo que llegó fue a subteniente y solo como nombramiento compensatorio por el accidente, pues no terminó la carrera.

No le fue fácil la reinserción laboral y trabajó de camionero, tenedor de libros en una bombonería y empleado municipal hasta que el peronismo lo echó como él dice “sin causa- o, mejor aún sin causa política y pasé las de Caín” (1978), aunque pudo volver a la actividad pública -*gracias a que la información no estaba centralizada*- en otra dependencia municipal organizando una oficina de transporte. Llegó a ser Subdirector Nacional de Autotransporte con Frondizi (1958), actividades que mantenía en paralelo (debía sostener a su esposa y sus dos hijos), con sus estudios universitarios. Había comenzando a escribir sobre San Martín, y dudaba en ingresar a la facultad, por su rechazo a las clases de griego y latín, pero finalmente superó ese problema. En cuatro años obtuvo el título y en uno más el doctorado. Todos sus cargos fueron ganados por concurso, y en algunos casos, los oponentes no se inscribían al presentarse él.

La materia en la que tuvo mayor continuidad fue *Introducción a la historia*, que era una materia obligatoria común para varias de las carreras de Filo. Entre 1957-1959 fue Jefe de Trabajos Prácticos, luego Asociado hasta 1970 y Titular hasta su fallecimiento en 1983, o sea estuvo 23 años a cargo de la materia. Lo que quiere decir que prácticamente *todos* los historiadores<sup>3</sup> que se formaron en la Universidad de Buenos Aires e incluso los de la Universidad del Salvador pasaron por su enseñanza (es decir quienes en promedio tienen hoy entre 43 y 67 años), además de los no historiadores que

---

<sup>2</sup> De todos modos, un investigador del Conicet e historiador revisionista, Antonio Capponetto, lo critica por su relativismo con respecto al rosismo en el capítulo justamente titulado “El incongruente relativismo de Pérez Amuchástegui” (2006).

<sup>3</sup> Aunque quizá sí había cátedras paralelas, esto no haya sido estrictamente así.

la tenían como materia obligatoria de primer año. Pero también buena parte de los estudiantes de universidades del interior, donde viajaba continuamente, en lo que entonces se llamaba “profesor ferroviario”. Fue también Director del Departamento de Historia durante muchos años, pero no tengo estrictamente claras las fechas. Testimonio de esto es Tulio Halperín Donghi. En una entrevista, respondiendo a la pregunta, “¿Cuáles fueron las condiciones que posibilitaron la renovación historiográfica en la Argentina?” afirma:

“En el fondo la renovación fue posible por el peronismo: el peronismo había disgregado las viejas estructuras y ahí se abrió un resquicio; muy limitado, por otra parte, porque en el período de la renovación no teníamos ninguna influencia en el Departamento de Historia. Su director, Antonio Pérez Amuchástegui, me decía que la materia que yo dictaba, Historia Social Argentina, no existía: “Dígame en el plan de estudios dónde está”, yo le marcaba que en el plan de estudios de Sociología figuraban “dos materias optativas de la facultad”. (Halperin Donghi 2008)

Tampoco tengo claro cuál era la relación académica entre ambos, ni las fechas de referencia, pues de acuerdo al curriculum de Halperín Donghi, entre 1959 y 1966 fue profesor asociado de *Introducción a la Historia* e *Historia Social Argentina* en Filo y, por lo que sé, Pérez A. fue también asociado en ese período en *Introducción*, o sea, o había cátedras paralelas o eran ambos asociados en la misma cátedra o hay algún dato incorrecto.

La anécdota anterior del *ninguneo* que le hizo Pérez A. a Halperín Donghi, contada por éste puede decirse que fue posteriormente vengada, ya que prácticamente el mismo Pérez A. ha desaparecido en el reconocimiento de su importancia en los textos posteriores de historiografía argentina, en especial entre los profesores de la carrera de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, aunque sí aparece en varias universidades del interior. Volveremos sobre esto.

En 1965 fue profesor consultor en la Escuela Superior de Guerra, pero recordemos que era un período democrático.<sup>4</sup> Es obvio, reitero, que este antecedente militar -y a pesar de haber transitado con su enseñanza por gobiernos de distinto tipo (empezando por Frondizi, y pasando por Onganía, Lanusse, Cámpora, Perón, su esposa y el Proceso), fue motivo de variadas críticas de parte de organizaciones de izquierda, en particular, aunque él no tuvo problema en enfrentarse a ellas, discutiendo cuando ello era posible.

Tuvo varias publicaciones, la más conocida sin duda fue *Mentalidades argentinas* (1964, la séptima edición fue en 1988) en la línea de las mentalidades que inició Duby. Ese texto que se originó en las clases que daba en *Historia Argentina II* retrata cuatro tipologías mentales de los habitantes argentinos (la oligarquía paternalista, el porteño, el gaucho y el gringo).

Fue un profesor popular. Dirigió hasta 1976,<sup>5</sup> 12 doctorados y 13 licenciaturas, y al respecto dijo “seguramente hay escasez de profesores y por ello mi éxito”. “Mi verdadera función debe consistir en brindar mi experiencia a quien crea necesitarla. Ese es mi más legítimo orgullo: tengo discípulos” (1978). Creía en la discusión como método de enseñanza y de autoaprendizaje. *Mentalidades argentinas* fue para él -y quizá para la época, aunque no puedo asegurarlo- un modo de “mostrar que la historia

---

<sup>4</sup> Otro ejemplo fue José Luis Romero que enseñó en 1939 en el Liceo Militar. El vínculo entre la formación militar y la historiografía podría rastrearse en otros intelectuales.

<sup>5</sup> No tengo datos posteriores.

no es sólo la relación de lo solemne, sino también la inserción de la vida económica, política y social del país en la vida cotidiana”. ¿Era entonces un profesor tradicionalista, como lo ubican posteriormente? No lo creo.

Como anécdota, cuenta que ese libro fue escrito leyendo muchos tangos (era además buen bailarín) y que “cuando un periodista se enteró de que en Filosofía y Letras se hablaba del tango, sacó un suelto<sup>6</sup> muy hábil que terminaba ‘Tango, rajá de Viamonte que te van a encuadernar’”.

En su última época estaba proyectando una *Historia de Latinoamérica* en 20 volúmenes que se opusiese a las historias marxistas de Latinoamérica, al ser una historia sin sujeciones a priori.

Su producción entre libros, folletos, artículos, conferencias, críticas, prólogos, actas de congreso y obras en colaboración superó los 160 textos.<sup>7</sup>

## 2. Críticas y elogios

Como es sabido, Internet es un recurso para obtener información difícilmente soslayable en la actualidad, aunque no siempre las fuentes sean confiables. En este apartado, y con valor simplemente orientativo, ya que el recurso de la indagación cuantitativa no es parte de nuestro propósito, presentamos diferentes opiniones que, con mayor o menor fundamento, encontramos sobre nuestro historiador. Las presentamos sin ejercer por nuestra parte valoración alguna, pero colocando, en lo posible, la cita al pie con el contexto más amplio que quiere justificar dicha afirmación.

### *Críticas*

1. Por tener posiciones metodológicas relativistas, aunque con aspectos ‘interesantes’, según un Index de libros atribuido al Opus Dei.<sup>8</sup>

2. Por ignorante de la filosofía de Dilthey, al que cita bastante, un escritor llamado Teodoro Blanco.<sup>9</sup>

---

<sup>6</sup> Escrito que no es ni un artículo ni una gacetilla.

<sup>7</sup> Se le hicieron reportajes y escribió en publicaciones periódicas como los diarios Los Andes (Mendoza, 1977), La Nueva Provincia (Bahía Blanca, 1978), Diario Mendoza (Mendoza, 1978), Diario El Intransigente (Salta, 1978), Diario de Cuyo (San Juan, 1978), Revista Confirmado (Buenos Aires, 1979), Revista Athenea (Buenos Aires, Univ. Del Salvador, 1979), La Gaceta (Tucumán, 1982), La Opinión (Buenos Aires, 1977).

<sup>8</sup> Así se afirma: “La concepción que el autor tiene de ‘sentido’ presenta aspectos interesantes, pero si se absolutiza se corre el riesgo de caer en un relativismo histórico o en un historicismo, pues hay ‘objetos del mundo del espíritu’ que no varían su sentido ni en el espacio ni en el tiempo ni en la clase social diversa. De igual modo, la utilización de la palabra ‘sentido’, puede llevar al subjetivismo: yo soy el que doy ‘sentido’ a las cosas. Por otro lado, el autor, al seguir a Rickert, separa el concepto de ‘valor’ del concepto de ‘bien’, y así las cosas no tienen valor si no se está en acto de aprehenderlo en ellas (o en acto de valorar). Sin embargo, el bien —ontológicamente considerando— permanece en las cosas independientemente de la aprehensión” en [http://www.opuslibros.org/Index\\_libros/notas/perezamuch.htm](http://www.opuslibros.org/Index_libros/notas/perezamuch.htm) (Consulta Octubre 2008)

<sup>9</sup> En la página <http://cuadernodetrabajo.wordpress.com/> (consultada en octubre de 2008) se afirma: “Según cuenta Blanco un buen tramo de ese escrito Pérez Amuchástegui [“El historiador Ernesto Quesada”, artículo de 1980] lo dedica a comparar la obra de Quesada con la del alemán Georg Simmel sobre la base de una serie de características comunes. Después de analizarlas, Blanco afirma: ‘De lo anterior, Amuchástegui concluye que no es positivista -no es claro cuál es el sentido de esta afirmación- y que por el contrario trata de comprender en clave diltheyana. Claramente, no entiende a Dilthey y mucho menos a Ernesto Quesada’”.

3. Por desvivirse por los documentos y hacer de la filosofía algo bastante incomprensible, según opina Tomás Abraham.<sup>10</sup>

4. Por sus antecedentes militares y por el programa de la materia, considerado un programa idealista e irracional. En este sentido, el cuestionamiento fue apoyado por un grupo de jefes de trabajos prácticos y auxiliares de la cátedra que habían tomado como referente un programa *rebelde* desconociendo el del titular. Este tema es bastante extenso y está documentado desde la izquierda (revista *en Clave Roja* y *La Mariategui*). Se lo asimila casi a un represor por no aceptar además los métodos y programas del movimiento estudiantil-docente para cursar y rendir exámenes, como indicamos anteriormente.

5. Por liberal, aunque honesto por no convalidar fábulas liberales, según el historiador Norberto Galasso.<sup>11</sup>

### *Elogios*

1. Por sus luminosas aclaraciones sobre la relación Bolívar-San Martín, por su aguda visión histórica y destacando el injusto olvido en que es tenido por el departamento de Historia de Filo: “es desconocido y es denigrado cuando se lo menciona”,<sup>12</sup> es reivindicado por Blas Alberti.

---

<sup>10</sup> “Mis tres primeros profesores del cuatrimestre fueron Carpio en filosofía, Calello en sociología y Pérez Amuchástegui en historia. El primero tenía bigotes, el tercero también. Tenían un porte severo como en la secundaria. Carpio hacía de la filosofía un manual, Amuchástegui algo bastante incomprensible. El primero amaba a griegos y a Heidegger, el segundo se desvivía por la veracidad de los documentos. Sociología era otra cosa. Las teóricas eran multitudinarias, había fuego revolucionario. Recuerdo que en la primera clase el profesor preguntó a la masa por qué habían elegido la carrera de sociología, la respuesta fue unánime: para cambiar la sociedad!!!” en [http://www.tomasabraham.com.ar/cajadig/2007/caja25\\_2.html](http://www.tomasabraham.com.ar/cajadig/2007/caja25_2.html) (Consulta de octubre 2008).

<sup>11</sup> “Por supuesto, un pensamiento liberal honesto -aunque con ataduras a los intereses económicos dominantes- hubiese reconocido que inevitablemente existe “una política de la historia” y que, en razón de esto, las diversas ideologías que disputan en el campo político, también lo hacen en el terreno de la interpretación histórica. Hubo algunos, es cierto (quizás podrían citarse a Saldías y a Pérez Amuchástegui), que no obstante su concepción liberal, se negaron a convalidar muchas fábulas inconsistentes”, en <http://www.discepolo.org.ar/node/43> (Consulta realizada en octubre 2008).

<sup>12</sup> “En un libro muy interesante que yo recomiendo a todos los estudiantes, Arturo Jauretche analiza, en ‘Política nacional y revisionismo histórico’, precisamente el carácter político de toda la historia, y sobre todo de la argentina, en donde, como dice Jauretche, el liberalismo hizo una política de la historia. Vale decir: utilizó la historia argentina con la finalidad de sedimentar un poder político, económico, social y cultural. Y, en ese sentido, borró de la historia los nombres de algunos personajes fundamentales, o lavó el significado de otros, como es el caso de Moreno o de San Martín, o redujo a la condición de arquetipo de la barbarie a grandes patriotas federales como Artigas, Quiroga, Peñaloza, etc. O fue detrás del mito del antagonismo entre Bolívar y San Martín, para desvirtuar el carácter verdaderamente continental de la empresa revolucionaria y, además, para desvirtuar la profunda amistad que unía a San Martín con Bolívar, tema que aclaró tan luminosamente el profesor Pérez Amuchástegui, que fue director del Departamento de Historia de esta Facultad, quien curiosamente también goza del olvido intencional de las actuales autoridades del Departamento de Historia de la Facultad y esta actitud impide que los estudiantes lean obras historiográficas de Pérez Amuchástegui en donde se revelan, con una gran precisión de datos y con una aguda visión histórica, algunos episodios del pasado argentino que son puestos a la luz a partir de una documentación fidedigna y de un trabajo sistemático. Y Pérez Amuchástegui no puede ser ubicado dentro de la fogosa tendencia revisionista, como diría el Sr. Halperin Donghi; y, sin embargo, es desconocido y es denigrado cuando se lo menciona. En una universidad no deberían existir autores malditos y autores permitidos. Tendrían que estar todos en igualdad de condiciones. Sólo el juicio crítico de quien acomete una obra historiográfica, o cualquier obra científica, es capaz de establecer su valoración” en <http://www.filo.uba.ar/contenidos/secretarias/seube/pacourondo/cont/blasalberti.htm> (Consulta realizada en octubre 2008)

2. Como profesional y gran historiador argentino, por el filósofo Alberto Buela.<sup>13</sup>
3. Por su lucha a favor de la Universidad del Salvador y por preocuparse por mantener su nivel académico, según la profesora de la USAL María Luisa Olsen de Serrano Redonnet.<sup>14</sup>
4. Por su rigor académico y contra las posiciones de sus jefes de trabajos prácticos y ayudantes rebeldes, según el investigador de la izquierda popular Néstor Gorojosvsky, quien, sin embargo, tiene varias imprecisiones. Éste afirma: “La cátedra Pérez Amuchástegui era, oh pecado mortal, ‘crocheana’. Imbéciles que no habían leído una línea de Benedetto Croce atacaban por ‘idealista’ a una cátedra de excelente rigor académico, cátedra que -oh pecado- era dictada por un capitán retirado [el error del cargo se repite], cordobés [era porteño], antimitrista [no lo era estrictamente, sí podría decirse que era antisarmientino], morenista, antirrosista [no era antirrosista] y bolivariano-sanmartiniano. Pérez es uno de los principales denunciantes de la superchería historiográfica mitrista, y ante ella estos energúmenos no supieron hacer otra cosa que quitarle a las nuevas generaciones aquello que ellos habían podido disfrutar”.<sup>15</sup>
5. Como uno de los especialistas más destacado de este país sobre la cuestión del Ser Nacional, aunque no se indica el autor.<sup>16</sup>
6. Jorge Abelardo Ramos lo ve como equivalente a Scalabrini Ortiz, Jauretche, José María Rosa, Fermín Chávez en tanto notables estudiosos y reveladores de la historia nacional. También lo usa como autoridad sobre San Martín y Latinoamérica en una carta que le envía a la directora del diario Clarín.<sup>17</sup>
7. Como reconocido historiador, Rosendo Fraga (analista político).
8. En un blog lo comparan con Martínez Estrada por su calidad de docente que promueve la discusión pública, según un tal Ricardo.<sup>18</sup>
9. Como alguien que cambió la historiografía argentina, según un médico, historiador, escritor, bioeticista, un tal doctor Manuel Martí.<sup>19</sup>

---

<sup>13</sup> En [http://www.bitacoraglobal.com.ar/textos/autor/E\\_Buela\\_Am%E9rica.pdf](http://www.bitacoraglobal.com.ar/textos/autor/E_Buela_Am%E9rica.pdf) (Consulta realizada en octubre 2008).

<sup>14</sup> En <http://www.salvador.edu.ar/grammar/36/grammar.pdf> (Consulta realizada en octubre 2008).

<sup>15</sup> En <http://lists.econ.utah.edu/pipermail/reconquista-popular/2004-April/015640.html> (Consulta realizada en octubre 2008).

<sup>16</sup> En <http://www.grupopayne.com.ar/archivo/04/0405/040518/laprovincia.html> (Consulta realizada en octubre 2008).

<sup>17</sup> “El periodista radical Félix Luna, ha reunido méritos a lo largo de muchos años, en la deformación y falsificación de la historia argentina, para ser elevado a la categoría de historiador y miembro de la Academia Nacional de la Historia. Con esta palabra de “elevar” estoy en duda. No sé si se debería de emplear el vocablo “elevar” o habría que escribir “descender”, al juzgar tal presunto honor. Y digo que estoy en duda porque jamás a la Academia se le ocurrió conferir semejante título a J. A. Pérez Amuchástegui, ni a Raúl Scalabrini Ortiz, ni a Arturo Jauretche, ni a José María Rosa, ni a Fermín Chávez, notables estudiosos y reveladores de la historia nacional” en <http://www.lapatriagrande.com.ar/felixluna.htm> (Consulta realizada en octubre de 2008). Sobre la carta a Clarín véase [http://www.abelardoramos.com.ar/\\_doc/doc029.php](http://www.abelardoramos.com.ar/_doc/doc029.php)

<sup>18</sup> “Juanjo: no hablo de la educación pública, sino de la docencia que debe hacerse desde foros como éste, que debieran multiplicarse para que el mensaje, de modo claro y contundente, vaya llegando a todos los sectores del país. También me refiero a la docencia que puedan realizar los pensadores, como Martínez Estrada o Pérez Amuchástegui -por nombrar a dos de los más conspicuos que tuvo el país- a través de ensayos que promuevan la discusión pública, en <http://josebenegas.com/2007/08/04/policia-politica-en-justicia/> (consulta realizada en octubre 2008).

<sup>19</sup> Ver <http://www.intramed.net/contenido.asp?contenidoID=38513> (Consulta de octubre de 2008).

### 3. La concepción de la historia de Pérez A.<sup>20</sup>

Pérez A. encuentra que hasta aproximadamente 1930 había tres concepciones dominantes de la historia:

- narrativa, que describe espacio-temporalmente lo acaecido (por ej. Heródoto).
- pragmática, el estudio de la historia sirve para encontrar soluciones *a problemas que se repiten* (ej.: Tucídides y Polibio).
- genética, que ubica como propia del romanticismo, con Herder, y que sirve para señalar la génesis de la nacionalidad: “El presente es un producto del pasado y sólo es inteligible a la luz del desarrollo de las nacionalidades desde su origen” (subsiste igualmente aquí el perfil cívico-pragmático).

Variantes de estas posiciones son la historia positivista, marxista, economicista.

Su propio referente investigativo es la Escuela de los Annales, con Marc Bloch y Lucien Febvre. De los italianos recupera a Vico (siglo XVIII) que advierte “la factura específicamente humana de lo histórico”, y a Croce:

“Ahora la historia se interesa por el pasado, sólo en cuanto ese pasado es una creación humana; *ya no interesa al historiador la búsqueda de leyes inmanentes del acaecer...* interesa el *homo creador, el hombre que elige en cada instante su acción* y con ello crea a conciencia su propio destino”. (1971: 15)<sup>21</sup>

De los ingleses, se interesa por M. Oakeshott, neohegeliano inglés, en línea con su concepción de lo que podríamos llamar “historia del presente”, es decir: “hay historia en tanto conocemos lo acaecido, en tanto lo experimentamos aquí y ahora”, por eso “toda historia es historia contemporánea” (1971: 16). Collingwood, otro inglés, agrega que la comprensión histórica es la comprensión del pensamiento que provocó esa realidad. Y Pérez A. coincide con esto: “Esto que llamamos ‘sentido’ de un testimonio, no es más que el pensamiento que se halla ínsito en él; y tal ‘sentido’ aparece cuando discernimos el pensamiento que lo sustenta”.

Heidegger y Husserl, entre otros filósofos, aparecen también como apoyo a sus fundamentaciones de la historia. En ese sentido, su preocupación no es hacer una exégesis de los mismos, lo que puede hacer parecer confusas o incompletas sus explicaciones *filosóficas*. Él quiere constituir y justificar la historia como ciencia, por ello afirma:

“Queda por establecer si es posible hallar un método de conocimiento... capaz de discernir los pensamientos rectores de las acciones humanas para re-crear sistemáticamente la realidad histórica; si tal extremo se cumple, será lícito hablar de un saber histórico sistemático que satisfaga las exigencias del saber científico de nuestros días. Es preciso para ello *delimitar el objeto de la historia* y señalar *el método universal* por el cual puede conocerse. Tal es nuestro propósito en este ensayo”. (1971: 17)<sup>22</sup>

---

<sup>20</sup> Para desarrollar este punto, me basé en el breve texto *Qué es la historia* (Cassani y Pérez A. 1971). Sin embargo, hay un texto posterior, *Algo más sobre la historia: Teoría y metodología de la investigación histórica* (Pérez A. 1977), donde profundiza las afirmaciones que aquí se hacen. De todos modos, para nuestra intención de dar cuenta de su concepción de la historia, es suficiente esta fuente.

<sup>21</sup> Cursivas nuestras.

<sup>22</sup> Cursivas nuestras.

La distinción conceptual aparece como necesaria. Así, “si la historia quiere ser ciencia, convendrá reservar, como en las demás ramas del saber, el nombre de ‘historia’ al conocimiento, y denominar ‘lo histórico’ a los fenómenos cuyo comportamiento se quiere indagar y conocer sistemáticamente”. (1971: 22)

Pero ¿qué es lo histórico? Sus características son la unicidad, singularidad y preteridad. Entendiendo por

- único, en tanto lo histórico tiene valor por sí mismo.
- singular, en tanto diferente de otras cosas similares (la Revolución de Mayo y la Revolución Francesa son dos hechos únicos, pero sus diferencias son las que los constituyen en singulares).
- pretérito: en tanto pasó; que haya dejado residuo o que perviva son los índices de su preteridad (1971: 24).

Obviamente el tema del tiempo es también necesariamente desarrollado. Pérez A. reconoce que no solo hay *historicidad* en los hechos humanos, como lo ejemplifica el evolucionismo (los vertebrados han ido cambiando biológica y morfológicamente). Sin embargo, a diferencia del mundo no humano que tiene su explicación en secuencias de estímulo-reacción, *el hombre elabora su proyecto*

“y cambia radicalmente la necesaria relación causal que se da en la naturaleza, en tanto pone en juego la actividad creadora. Por eso mismo, el ser natural lleva consigo una carga de historicidad necesaria, pero *el hombre agrega a su devenir la actividad consciente de su voluntad*” (1971: 28),

de forma que “el hombre va siendo lo que va queriendo ser, ya que sus respuestas son intentos de ser lo que quiere” (1971: 29). Los proyectos, entonces, son las respuestas que elabora el hombre con su libre voluntad para hacer lo que quiere; frente al mundo condicionante, el hombre se hace continuamente. “Los resultados concretos de esa elección incondicionada constituyen lo histórico” (1971: 30). El hombre -y siguiendo ahora a Ortega y Gasset- no tiene naturaleza, sino historia. “La historicidad humana es consciente, y, como tal, promotora de normas de conducta reguladas por el pensamiento manifiesto en proyectos que se resuelven en acciones” (1971: 31).<sup>23</sup>

El acento, entonces, está puesto en la acción humana, en sus proyectos voluntarios aunque condicionados. Proyectos que se van haciendo y modificando frente a los desafíos, y entre los diferentes proyectos se evidencian conexiones que dan cuenta de lo que se llama el “plan de acción”. Éste es entonces “el pensamiento que sustenta la aparente secuencia incitación-respuesta, pone coherencia lógica en la realidad empírica, proveyendo así de un ‘sentido’ a las acciones sucesivas” (1971: 33). Téngase en cuenta esto que decimos, pues es la conceptualización que sostiene el texto referido a San Martín, que analizaré a continuación.

### *La historia como ciencia*

Para justificar esa científicidad, compara la tarea del historiador con la del científico que investiga la *realidad física*. En uno y otro caso se quiere hallar coherencia en el comportamiento de los fenómenos. En el científico se buscan las relaciones causales

---

<sup>23</sup> Aunque en este texto no lo diferencia, la referencia es tanto el hombre individual (San Martín, Rosas, Irigoyen), como los tipos y quizá las clases (la oligarquía paternalista, el gaucho, los gringos).

necesarias; el historiador, por su parte, busca la estructura<sup>24</sup> en donde el hecho cobre sentido, es decir que las relaciones se vuelvan inteligibles.

No se trata en uno u otro caso de cosas en sí, sino de comportamientos. Lo que llamamos “realidad” son comportamientos fenoménicos: “Sin manifestaciones fenoménicas no es posible la formulación de conceptos” (1971: 35). Y esas manifestaciones en términos históricos están dadas por los *testimonios* (que no deben identificarse solo con *documentos*). Así,

“son testimonios todos los residuos, materiales e inmateriales, que han ‘quedado’ y se presentan aquí y ahora con señales indudables de la acción humana. Testimonio histórico es tanto un documento como una institución, un templo como una momia, una piedra tallada como una costumbre, un libro de ciencia como un poema, una música, una danza, un rito”. (1971: 36)

El paralelismo entre ambos investigadores se basa en que los testimonios son cosas como lo puede ser el carbono, el oxígeno, etc., que se comportan de una manera u otra en tales o cuales circunstancias y tanto de unos y otros el investigador (sea histórico o físico) extrae datos.

Reiteremos que para Pérez A. conocer es conocer realidades fenoménicas y no entidades subyacentes eternas,<sup>25</sup> entidades que se conocen por su comportamiento. Nuestro historiador se apoya en el carácter subjetivo de la experiencia. “En otras palabras, la realidad ‘es’ lo que de ella conocemos” (1971: 44).

Lo anterior, dice, no se discute en las ciencias naturales, donde las cosas son lo que de ellas se conoce, y cuando ese saber cambia, también lo aceptamos, basados en la perfectibilidad del conocimiento científico. Pero no parece ser así en la historia a la que se le critica la imposibilidad de tener una certeza equivalente a la de la ciencia natural. Y a esto contribuyen las concepciones de la historia que la vinculan a un ser nacional, que la organizan desde algún pragmatismo definido, o desde la visión de ‘mandatos históricos’ que canonizan o anatematizan determinados personajes. “No se advierte que eso no es historia, sino *metahistoria*; y se mide el saber histórico con la vara del saber metahistórico” (1971: 45).

¿Pero es posible el conocimiento científico de la historia? ¿Cuál es su método? Dejamos de lado este largo tema, que desarrolla en otros textos y veamos su fundamento y el problema *subjetivo* de la verdad científica e histórica.

Pérez A. destaca el carácter de convencimiento del investigador. “La ‘verdad científica’ es la ‘realidad comprobada’”. Cuando el investigador (de ciencias naturales, sociales o históricas) descubre y verifica esa coincidencia, está obligado a creer que las cosas son así” (1971: 47). En historia las relaciones son irreversibles en tanto pasadas. El historiador se enfrenta a los documentos tratando de encontrar esas relaciones. Como el científico parte de hipótesis (él lo llama “dirección de encuesta”), va elaborando una teoría que retoca y perfecciona “mediante experimentos” hasta que logra suprimir sus dudas y llega a la verdad. “La ‘verdad histórica’... es lo que *las fuentes obligan* a creer al historiador” y, en síntesis,

“Así se entiende por qué en historia hay relaciones necesarias [se dieron así efectivamente], comprobación empírica [elementos documentales varios] y verdad universal [por la coincidencia entre fenómeno y teoría y la convicción por lo tanto

---

<sup>24</sup> Este concepto está desarrollado en *Algo más sobre la estructura* (Buenos Aires: Glauco, 1971).

<sup>25</sup> Como lo pretende el historiador nacionalista, católico y revisionista Caponnetto, que lo acusa de relativista, así como también aparece criticado en la bibliografía del Opus Dei, como ya indicamos.

del historiador ligado a esto], *pero* [a diferencia de las ciencias naturales] *no previsible*”. (1971: 51)

Y cerramos con su definición de historia, en tanto ésta es “la re-creación intelectual presente de un pasado específicamente humano, lograda mediante una minuciosa pesquisa de acciones a partir de pruebas testimoniales, y coronada con la exposición congruente de sus resultados” (1971: 52).

#### **4. El libro *Ideología y acción de San Martín* como una ejemplificación de la concepción de la historia de Pérez A.**

En este libro, escrito en 1966, se interesa Pérez A. en el *aspecto político* del pensamiento de San Martín, es decir,

“se trata de hallar el *plan de acción* que fue forjándose San Martín a lo largo de su actuación, como respuesta al acondicionamiento del ambiente físico, social, económico, cultural e ideológico, *a fin de comprender cabalmente sus intenciones, convicciones, esperanzas, temores y obras positivas*”.<sup>26</sup> (1966: 8)

Veamos rápidamente los elementos destacados de la formación ideológica<sup>27</sup> de San Martín.

1. San Martín era antibonapartista y participó en España e Inglaterra –donde estuvo cuatro meses antes de venir a la Argentina– en diversas logias “en las que se formaban *neófitos con alma de apóstoles* para llevar adelante la maravillosa obra de regeneración de los pueblos”. Las logias –que apuntaban a la liberación de toda Latinoamérica– tenían intereses concurrentes con los de los ingleses, es decir, el interés económico de éstos se conciliaba con la necesidad de apoyo independentista para los latinoamericanos.
2. Rivadavia y Mariano Moreno eran contrarios a las ideas de unidad latinoamericana ya que sus intereses eran más localistas y porteñistas. Ese grupo tenía el poder. San Martín fue reconocido al llegar como teniente coronel por sus antecedentes y se le encomendó la formación de un cuerpo de caballería modelo. Organizó aquí una filial de la logia inglesa, la *Logia Lautaro* para “la independencia de la América”, que hizo una revolución pacífica sacando a Rivadavia. A partir de ese momento la situación estuvo en manos del partido hispanoamericano, aunque hubo algunas derrotas militares como le ocurrió a Belgrano.
3. Su gobierno en Mendoza –ya definido el proyecto de ataque a Chile– fue militarmente ejemplar. Allí se encargó de enrolar a todo aquel que pudiese llevar armas “so pena de ser condenado por traición a la patria” (1814).

“San Martín hizo de Cuyo algo así como un país distinto, sin conflictos internos, con un ordenamiento económico planeado militarmente para asegurar el abastecimiento según las producciones locales de época y un régimen impositivo peculiarísimo en el que alternaban el donativo y la confiscación de dinero y de los efectos más diversos; la opinión pública era guiada políticamente por obra de una *Misión patriótica*, y hasta el clero debía contribuir al fortalecimiento de la conciencia cívica”. (1966: 33)

---

<sup>26</sup> Cursivas nuestras.

<sup>27</sup> “Entendiendo por *ideología* el conjunto de maneras de pensar y de creencias propias de un grupo” (1966: 8).

Pérez A. dice que aunque las medidas eran de estricto rigor, terminó generando el afecto y respeto del pueblo mendocino, que lo mantuvo como gobernador, a pesar de la oposición del Director Supremo, Carlos de Alvear, que fue depuesto también.

En ese momento los bloques políticos fueron:

1. el alvearismo depuesto, pero que seguiría conspirando.
2. el artiguismo federalista, que era republicano y antibrasileño.
3. los integrantes de la logia, con apoyo militar y buena opinión general. Aunque “coincidía con el artiguismo<sup>28</sup> en la decisión de constituir el Estado, prefería una solución monárquica e hispanoamericana, dejando en paz a Brasil para no desafiar a Inglaterra.<sup>29</sup> A este último grupo estaba adscrito San Martín” (1966: 30). Corresponde notar que a esta altura, aunque él reconocía la autoridad central tenía su propia autonomía y, por lo tanto, era un referente político inevitable.

El congreso de Tucumán, y es algo que se olvida y se hizo olvidar, proclamó el 9 de julio de 1816 la independencia de las *Provincias Unidas en Sudamérica* respondiendo a los objetivos de la Logia Lautaro y por lo tanto fijando el plan de operaciones de San Martín. Dice Pérez A.: “El texto del acta de Tucumán fue, probablemente, uno de los más significativos triunfos de la logia Lautaro” (1966: 37).

La continuidad de su plan de acción se mantuvo a pesar de que por los problemas internos de la Argentina las autoridades se desinteresaron de la continuidad de la campaña sanmartiniana, y por esto tuvo que desplegar una importante actividad para mantenerla y mantener su ejército independientemente de los cambios de gobierno en Buenos Aires y el fracaso de la constitución unitaria. Ante la acefalía, San Martín renunció y fue elegido jefe por una junta de oficiales (esta sería una segunda renuncia, que sus mismos allegados –o el pueblo– rechazan) convirtiéndose en jefe sin discusión “de un ejército pequeño pero maravillosamente organizado, que tenía por misión irreversible libertar a la América del sur”.

San Martín entonces está continuamente mostrando con sus acciones su *ideología y su plan de acción* (recordemos entonces los principios que fundamentan la concepción de la historia de Pérez A. que vimos en el apartado anterior) que debe obviamente estar continuamente acomodándose a las circunstancias.

“Para él no había más partido que el ‘americano’ ni más objetivo político que la unificación nacional de Sudamérica independiente. Todo lo demás era accesorio y secundario, incluso la forma de gobierno, que habría de resolverse sobre la marcha, aprovechando las facilidades y coyunturas que se presentaren”.<sup>30</sup> (1966: 46)

Con respecto a los hechos históricos, el ejército de Bolívar había logrado sucesivas victorias y mantenía una excelente relación con los peruanos, que habían colaborado en sus últimas batallas (año 1821). Mucho escribió Pérez A. sobre el encuentro con Bolívar y su renunciamiento a continuar la campaña.<sup>31</sup> San Martín sabía que Bolívar quería como él unificar Hispanoamérica y terminar las guerras internas. En esos momentos

---

<sup>28</sup> Artigas tenía un proyecto federal que San Martín, de todos modos, entendía que podía debilitar el proyecto americanista continental, aunque lo tenía en gran estima.

<sup>29</sup> Recordemos que en estos momentos había un movimiento restaurador europeo, que había logrado un importante ejército.

<sup>30</sup> Aunque San Martín defendiese la idea monárquica-constitucional estaba dispuesto a defender la república si ésta apareciese como mayoritaria.

<sup>31</sup> El texto clave es *La ‘carta de Lafond’ y la preceptiva historiográfica* (1962).

tenía poca ayuda de Chile y nula de Buenos Aires y había intrigas contra él. De todos modos, destaca que los acuerdos de cooperación y defensa mutua entre Perú y Colombia daban cuenta de que la concepción hispanoamericana estaba firme. Es a través de la valoración que hace Pérez A. de esos acuerdos que podemos acercarnos a su propia concepción. Así, pues ellos “representan exactamente lo opuesto a la hoy tan defendida doctrina de la no intervención en los Estados hispanoamericanos. No se trataba, pues, de una lírica hermandad espiritual, sino de una confederación activa y ejecutiva” (1966: 52) y ese pacto se quería hacer extensivo al resto de las naciones hispanoamericanas. Las manifestaciones contemporáneas del bolivariano presidente de Venezuela, Hugo Chávez, tienen sus claros antecedentes.

El plan de acción de San Martín se mantiene incluso después de su salida de Perú. De hecho, hasta 1830, continuó activo políticamente. Su presencia en Mendoza despertó inquietud por sus posibles ambiciones (muchos lo veían a él como el único capaz de terminar con las disidencias internas) e incluso le llegaron noticias de que si fuese a Buenos Aires iba a ser detenido y juzgado por no haber obedecido en su momento las órdenes que se le había dado (en determinado momento de actuar contra el caudillo santafesino Estanislao López). El diario rivadaviano *El centinela* lo atacaba constantemente a él y a Bolívar principalmente por su ideología integradora, aunque San Martín valoraba la administración de Rivadavia como “la mejor que se ha conocido en América”. Pérez A., que rechaza las ideas de Rivadavia, lo nombra irónicamente como “el mejor intendente que tuvo Buenos Aires”.

Mientras en Europa las monarquías estaban organizadas para terminar con la experiencia hispanoamericana republicana, al mismo tiempo apareció el apoyo inglés y el norteamericano (doctrina Monroe oponiéndose a intervenciones europeas en América, que en la práctica sirvió de poco y nada). Pero San Martín provocaba temor y se suponía que su viaje a Londres (con su hija) estaba destinado a buscar un príncipe para estas latitudes. Él decía que se iba a Londres para educar a su hija, pero nadie le creyó y tenían razón.

En su *exilio*, siguió moviéndose políticamente y estaba informado de la situación argentina por sus múltiples contactos. Hay que tener en cuenta que la Santa Alianza estaba decidida a reponer la monarquía y que Inglaterra era el único país que podía frenarla, en particular en los países sudamericanos y San Martín sabía eso.<sup>32</sup> La coherencia sanmartiniana se muestra en que hacía lo que a su juicio “tenía que hacer un libertador: contribuir a la destrucción de la santa Alianza para asegurar la paz exterior de Hispanoamérica y facilitar, así, la consolidación de los gobiernos independientes” (1966: 91).

San Martín no fue estrictamente un demócrata, ya que

“el escaso desarrollo intelectual y las precarias posibilidades económicas de los diversos Estados recientemente constituidos en la América Meridional obligaban a tener por la democracia un amor platónico... Para San Martín, la libertad era correlativa de la responsabilidad. Para ejercitar la libertad responsable era necesario, a su juicio, aprender antes a obedecer, pues solo quien supiera obedecer podría llegar a saber mandar”. (1966: 101)

---

<sup>32</sup> A pesar de las diferencias, San Martín y Rivadavia coincidían en que las independencias hispanoamericanas no se podían sostener sin el apoyo de Gran Bretaña y ésta obviamente estaba interesada en mantener relaciones comerciales con estos nuevos países.

Por último, Pérez A. termina su texto sanmartiniano presentando la relación Rosas-San Martín. El gesto de entrega testamentaria de su sable siguió siendo coherente con su propia ideología y su plan de acción. Dicha decisión fue por la satisfacción que le produjo “ver la firmeza con que ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla” (1966: 107) y no por su tarea como gobernador.

La concepción de la historia de nuestro historiador encuentra en este breve texto su más clara demostración.

## 5. Pérez A. en su contexto universitario<sup>33</sup>

Con el peronismo (primer y segundo gobierno), la vida universitaria tenía la misma fragmentación que el resto de la sociedad “en dos sectores irreconciliables”, vinculados a la política nacional y no estrictamente a la problemática universitaria. No es por lo tanto difícil entender que con la Revolución Libertadora llegasen a la universidad los que habían sido anteriormente proscritos, que formaban parte de una amalgama compleja que incluía a “liberales de derecha y de izquierda, socialistas, viejos militantes católicos y humanistas” (Buchbinder 2005: 169). Contrariamente a lo que ocurrirá con los gobiernos militares posteriores, en la Universidad se “otorgó un rol central como interlocutor a la dirigencia estudiantil de tonalidad claramente reformista y caracterizada por una sensibilidad política predominantemente de izquierda” (2005: 170). El interventor, el historiador José Luis Romero, fue elegido a “partir de una terna presentada por la FUBA” cuyos otros nombres eran José Babini y Vicente Fatone. Los principios de la Reforma se mantuvieron (o mejor dicho volvieron a actualizarse), se desplazaron los antiguos profesores, se defendió la autonomía y se llamó a nuevos concursos con el claro objetivo de *desperonizar* la universidad. En este contexto, las agrupaciones estudiantiles eran las que indicaban quiénes debían ser cesanteados, con las arbitrariedades imaginables, controlando además los concursos.

A pesar, o quizá gracias a ello, la universidad que se inaugura en el 55 es la universidad de la autonomía fortalecida y es el período conocido como “edad de oro” de la Universidad de Buenos Aires. Luego de la normalización, en 1957, fue elegido por la Asamblea Universitaria el filósofo Risieri Frondizi y luego reelegido hasta 1962. Paralelo a estos cambios es la autorización para la creación de universidades privadas, a pesar de la oposición de aquellos que entendían que la formación superior también debía estar a cargo del estado. El resultado fue la fundación de varias universidades, algunas católicas, contraponiéndose a la centralización peronista. La reglamentación de la ley que permitía estas nuevas universidades fue impulsada por Arturo Frondizi, el entonces presidente, y tuvo como férreo opositor al rector de la Universidad de Buenos Aires, su hermano Risieri y una y otra posición estuvieron representadas en enormes movilizaciones de apoyo. Muchos de los docentes apartados en 1955 encontraron en la universidad privada su refugio y también hacia allí fueron muchos de los que tuvieron que abandonar la universidad pública la Noche de los Bastones Largos (1966).

Pérez A. fue león de ambos mundos, estuvo en la universidad estatal y en la privada, pues tuvo también una destacada actuación en la Universidad del Salvador.

“El período comprendido entre 1955 y 1966 ha sido recordado, a menudo por la impronta que los académicos renovadores le otorgaron a la vida universitaria” (2005:

---

<sup>33</sup> Sigo en este apartado a Pablo Buchbinder que ha investigado la historia de las universidades argentinas (2005) y de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (1997) en particular.

178) -dice Buchbinder. Se buscaba “fortalecer el perfil científico de la Universidad” y también desde el gobierno se “reconocía en el desarrollo de la ciencia un instrumento fundamental para asegurar el progreso y la independencia económica<sup>34</sup> (2005: 180).

Las facultades de Ciencias Exactas y Filosofía y Letras fueron centros de la renovación; la idea de unir docencia e investigación hizo que se ampliaran las dedicaciones exclusivas.<sup>35</sup> Hubo presupuestos importantes asignados principalmente por el estado, pero también por particulares como la Fundación Ford que “apoyó diferentes actividades del Departamento de Sociología” de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), aunque estos subsidios, considerados luego imperialistas y tendientes a beneficiar empresas norteamericanas, serían cuestionados en el período siguiente.<sup>36</sup> Se organizaron los departamentos, se modificaron programas y se crearon nuevas carreras: Psicología, Sociología (1957) y también Ciencias de la Educación.

El cambio a la organización departamental fue “percibido como un síntoma esencial del proceso de modernización de la Facultad”. Sin embargo, Buchbinder, y citando a Halperín Donghi, plantea que la carrera de Historia no tuvo importantes modificaciones y los planes modificados del 59 no fueron muy relevantes. Este historiador de las instituciones afirma que “el desarrollo de las corrientes renovadoras se dio a partir, fundamentalmente, del impacto y la influencia de la cátedra de Historia Social y de la vinculación y el trabajo interdisciplinario entre historiadores y representantes de las ‘nuevas ciencias sociales’ en expansión” (Buchbinder 1997: 205), dato que probablemente esté proporcionado por Halperín Donghi, cuya objetividad es dudosa en este caso. Si bien Pérez A. plantea que entre las disciplinas no hay estrictamente límites (en todo caso fronteras perfectamente salvables), como ni en los libros de Buchbinder ni en los de Devoto,<sup>37</sup> ni en Halperín se lo cita, no es sencillo ubicar en este contexto a Pérez A. y refuerza nuestra afirmación del *ninguneo* al que luego de su muerte estuvo y está sometido.

De todos modos, sea por necesidad inherente a sus propias investigaciones o porque “el clima de los tiempos” lo exigía así, ya hemos visto que Pérez A. *consideraba que la Historia era una disciplina científica, o que al menos debía serlo si se seguían sus pautas*. De esta época son sus libros editados por EUDEBA, *Mentalidades argentinas e Ideología y acción de San Martín*, que ya comentamos.

Buchbinder afirma que el planteó tradicional de la decadencia de la Universidad de Buenos Aires, en particular a partir de la *Noche de los bastones largos* (1966), no está tan justificado, pues ya había tensiones y divisiones internas, en particular entre “tradicionalistas” y “modernos”. En Filo, los modernos estaban en Psicología y Sociología, mientras que los tradicionalistas eran de Filosofía e Historia.<sup>38</sup> También estaban presentes las diferencias políticas, aceleradas por la influencia de la Revolución cubana y las soluciones revolucionarias en relación al “orden internacional y local profundamente injusto”. Muchos pensaban a la universidad como órgano de

---

<sup>34</sup> Se apoyó económicamente la investigación y recordemos que el CONICET fue creado en 1958 y que también la Universidad “fue percibida como uno de los ámbitos privilegiados para la creación intelectual y científica” (Buchbinder 2005: 180). También se crea EUDEBA.

<sup>35</sup> “En 1958 había nueve profesores con esa dedicación en la Universidad de Buenos Aires. En 1962 ya sumaban casi 500 y alrededor de 700 cuatro años después” (2005: 181).

<sup>36</sup> La Fundación Rockefeller ayudó en la Universidad de Cuyo a su Facultad de Medicina. De paso, y a pesar de las críticas por imperialistas, recordemos que las investigaciones en México sobre las culturas mayas, aztecas, etc. que tanto tienen que ver con la *identidad* mexicana fueron llevadas a cabo en buena parte con investigadores y subsidios norteamericanos (y probablemente también ingleses).

<sup>37</sup> Nos referimos al historiador Fernando Devoto profesor de “Teoría e historia de la historiografía” en Filo, autor de varios libros sobre el tema.

<sup>38</sup> Esta distinción también existía en la UBA donde Medicina y Derecho eran los tradicionalistas.

transformación social y en ese proyecto es que la universidad encontró sus límites. Los temas internos de designación de directores de departamento, de cátedras paralelas, de concursos fueron muy conflictivos y recordemos que Pérez A. fue Jefe del Departamento de Historia en esos años.<sup>39</sup> Invertiendo los planteos anteriores, ahora, “el modelo académico consolidado desde 1958 fue cuestionado por su carácter *cientificista*” (2005: 187), modelo opuesto al nuevo “revolucionario”, de la década del 60.

Los temas problemáticos de esta época fueron la oposición a los exámenes de ingreso, los aumentos de precio en los comedores, las restricciones presupuestarias, los subsidios extranjeros, los ataques de la derecha y la prensa a la universidad por su izquierdismo y la doctrina de la seguridad nacional.

En 1966 terminó un proyecto universitario de renovación. Sin embargo, no todos se fueron pues “núcleos relevantes de docentes e investigadores permanecieron en sus cargos. En algunos casos hubo una adaptación ‘pasiva’ al nuevo estado de cosas existente en las universidades. En otros, se trataba de resistir a la situación ‘desde adentro’” (2005: 191). Pérez A. continuó en la UBA después del 66 y en Filo.<sup>40</sup> Margarita Montanari, que fue su asociada o adjunta, me informó que en el 66 el grupo de Pérez A. había sacado una solicitada donde decían que no estaban de acuerdo con los que se iban (supongo que los identificados con la izquierda), pero tampoco con los que venían (supongo que identificados con la derecha), pero no pude tampoco conseguir ese documento.

Si bien Onganía limitó la libertad académica y de gobierno universitario, no pudo normalizar la universidad y ya en 1967 –solo al año– aceptó alguna forma de autogobierno; incluso siguió la politización y la policía se instaló en la universidad para controlar las movilizaciones estudiantiles que culminaron en el *Cordobazo* (1969).

El reformismo se debilitó en favor de las opciones por el marxismo y las opciones católicas y nacionalistas,<sup>41</sup> pero también volvió a aparecer con fuerza el peronismo. Citemos un párrafo de este investigador de las instituciones:

“En este contexto aparecieron, sobre todo en el ámbito de la Universidad de Buenos Aires, las llamadas ‘cátedras nacionales’ (1967-1971), que llevaban a cabo fuertes cuestionamientos a la forma en la que se habían desarrollado las ciencias sociales en el período reformista abierto en 1955. Fueron sobre todo docentes de la carrera de Sociología, designados por el mismo rector de la UBA, los que organizaron dichas cátedras. Las cátedras nacionales reconocen así su origen en la decisión de reemplazar a los docentes *cientificistas* renunciantes en 1966 con jóvenes sociólogos, muchos de ellos vinculados con el peronismo o con vertientes conservadoras del catolicismo” (2005: 197)

y con el objetivo de transformar la realidad nacional, defendiendo, contra el marxismo y el cientificismo, “la importancia de las identidades culturales y tradiciones nacionales ... Los responsables de estas cátedras buscaron fundamentar teóricamente sus ideas en el análisis de la historia latinoamericana” (2005: 197).

Lamentablemente, no tengo datos que puedan dar cuenta de alguna simpatía o afinidad de Pérez A. con estas cátedras nacionales. Si bien él no solo no era marxista y tenía un pensamiento de valoración de lo nacional (temas del gaucho, las provincias, el federalismo, San Martín e Hispanoamérica, entre muchos otros) que podría haber sido

---

<sup>39</sup> No puedo precisar exactamente las fechas durante las cuales fue Jefe del Departamento de Historia.

<sup>40</sup> Halperín Donghi se fue.

<sup>41</sup> Estas últimas especialmente en el interior, aunque “la opción por los pobres” se liga a los sacerdotes tercermundistas -Puebla, Medellín, Concilio Vaticano II.

afín a estas cátedras, es muy probable que –quizá por su concepción científica de la historia– no haya tenido buenas relaciones con ellas. Faltaba sin embargo una nueva etapa. Y así “finalmente, –dice Buchbinder– la violencia apareció como una opción más en el contexto de finales de los sesenta. Se llegó entonces a legitimar su ejercicio como forma de resolución de los conflictos políticos” (2005: 198). La violencia fascinaba a los jóvenes y la universidad servía para reclutarlos.

Dice Pérez A.

“En esa época asumí el decanato el Dr. Angel Castellán, quien me dio la fea misión de organizar un curso de ingreso. Largo sería detallar mis luchas con los eternos activistas; pero lo cierto es que el curso se hizo y con éxito, aunque la experiencia me costó una seria afección coronaria. No me perdonaron los activistas la victoria, y en 1971 se cobraron con creces: baste como colofón que el 18 de diciembre me pusieron una bomba en mi domicilio particular” (1978: 14).

Por supuesto que no queda claro qué entiende él por “éxito”. Además, sobre esta bomba no es fácil tampoco encontrar una explicación definitiva. Un motivo argumentado por unos y otros era la oposición de Pérez A. a la *autoevaluación* o *evaluación grupal* de los alumnos, aunque, según Buchbinder, esa cuestión surgió después que subió Cámpora. La profesora Margarita Montanari, quizá confundiendo algunos datos, me dijo lo siguiente en una entrevista, contradiciendo incluso lo que son las memorias de Pérez A., que afirma que tuvo que organizar un curso de ingreso (que no es lo mismo que un examen de ingreso, pero es compatible con éste):

“La bomba se la pusieron los estudiantes. Estalló minutos antes de que Cristina (la hija) saliese a la calle. Estaban tomando examen en ese momento. Amuchástegui (sic) defendía el libre ingreso. Cuando fue la bomba estaban los militares. Parece que hacían los estudiantes competencias entre ellos para ver quién conseguía mayor escándalo. Querían hacer varios exámenes en grupo y calificarse entre ellos. En la misma cátedra teníamos ayudantes que estaban en contra del titular, porque no era marxista, no era peronista. Los estudiantes no dejaban salir a los profesores. La situación fue fea porque dos estudiantes querían golpearlo. El decano tuvo que llamar a la infantería de la policía y los sacó a todos encañonándolos. Los detuvieron y los llevaron presos. ... Yo creo que en el fondo la cuestión era que los montoneros (peronistas) lo querían tener como incondicional. Nunca se supo si fueron los montoneros o el ERP”. (2008)

Como sea, es interesante esa idea de que los montoneros (peronistas) lo querían como incondicional. No parece absurdo el deseo de poder tener un profesor de prestigio como apoyo. En lo personal, yo recuerdo que en mi primer año en Filo (1978) se me acercaron, y de hecho yo fui a algunas reuniones e incluso a una isla que tenían en el Tigre, la gente de Encuadramiento (los Demetrios), que era una agrupación peronista, relativamente moderada. Y eso fue, sin duda, porque mi apellido era un elemento atractivo para contactarme.

Permítaseme una digresión en este recorrido: Pérez A. está hoy en el olvido, y muy probablemente recuerdos de esa época hayan quedado como una marca para el rechazo, como fue la mencionada intervención policial. Véase sin embargo lo que dice en una entrevista Halperín Donghi, que involucra al mismo Castellán:

“Recuerdo que antes, cuando nombraron interventor a Angel Castellán, que era un ángel de Dios, él me mandó una carta muy conmovedora: me decía que si yo volvía me prometía que nunca llamaría a la policía a la facultad. Realmente vivía en las nubes totales. No le contesté porque la única respuesta era que, por el contrario, sólo aceptaba si me garantizaba que la iba a llamar todas las veces que fuera necesario”. (2008a)

Volviendo a los recuerdos de Pérez A.:

“El año 1972 fue más tranquilo. Los alumnos se habían hastiado del activismo y ellos mismos se encargaron de desalojarlos de las aulas. Cuanto pasó en los años 1973 y 1974 es mejor no pensarlo. Sobre el particular, es bueno recordar unas palabras de San Martín a Lord Cochrane: ‘yo puedo perdonar, porque eso depende de mi voluntad; pero no puedo olvidar, ya que eso depende de mi memoria’”. (1978: 15)

Buchbinder destaca que para revertir la politización y movilización estudiantiles se intentó diversificar el sistema universitario, creándose nuevas universidades públicas distribuyéndolas geográficamente, pero sin embargo fracasó el aspecto político del proyecto, ya que muchas “fueron conducidas por los mismos grupos radicalizados ya instalados”.

Caído el gobierno militar de Lanusse, con Cámpora se decreta la intervención de las universidades nacionales, muchas de las cuales habían sido tomadas por la Juventud Peronista (JP). El interventor de la UBA fue Rodolfo Puiggrós y la JP ganó “las elecciones en casi todos los centros estudiantiles del país”. La nueva ley universitaria (1974) “explícitamente señalaba que la Universidad estaba obligada a hacer ‘aportes necesarios y útiles al proceso de liberación nacional’”, y se debía buscar la independencia tecnológica y económica. “La Universidad debía también contribuir a la elaboración de la cultura “en particular la de carácter autóctono, nacional y popular” (2005: 203). En Filo había un sacerdote tercermundista (Justino O’Farrell, llamado por los estudiantes “el decano montonero”).

Cito

“Para gran parte de la nueva dirigencia universitaria, la hegemonía de las clases dominantes se ejercía a través de los contenidos de la enseñanza y de las formas de transmisión. Se impugnaron así los planes de estudios y las formas de evaluación. Se instauraron los exámenes grupales y los planes de estudios y los programas de las materias se adaptaron al nuevo clima revolucionario que se vivía en las instituciones académicas. Se avanzó en la modificación de la estructura de enseñanza procurando transformar la tradicional modalidad de clases teóricas y prácticas sustituyéndola por ‘reuniones y encuentros’ y se intentó avanzar en la supresión de las diferencias jerárquicas de los miembros del cuerpo docente”. (Buchbinder 2005: 204)

Se echaron, durante los primeros meses de 1973, a los docentes identificados con la dictadura de Onganía y aquellos que trabajaban en empresas multinacionales. Se quitó finalmente el examen de ingreso y volvió el ingreso masivo.

Aunque había un espíritu de cambio muy fuerte, muchos eran más declarativos que reales y no llegaban a la población de clase media sino como provocación. Además se dieron divisiones internas al peronismo, entre Montoneros (izquierda) y Lealtad

(ortodoxo), cuyas peleas -incluso a los tiros- se daban también en el interior de las facultades. Muerto Perón, vino Isabelita en la presidencia, y la derecha fascista con Ivanissevich en el Ministerio de Educación y Ottalagano en la UBA. Se cerraron facultades, se clausuraron o destruyeron los centros de estudiantes. Al reabrirse las universidades, celadores-vigilantes asistían a las clases.

Con el golpe del 76 se multiplicaron los secuestros, desapariciones y muertes, en particular del ámbito universitario. Se intervinieron las universidades y se las dividieron entre las fuerzas armadas. Se buscó achicar las universidades, modificar los planes de estudio, en particular de Psicología, Sociología y Antropología. Para la reducción del alumnado se aplicaron políticas de ingreso y arancelamiento. “En Buenos Aires, las vacantes disminuyeron en un 59% ... Solo en la Universidad de Buenos Aires los ingresantes pasaron de alrededor de cuarenta mil en 1974 a doce mil en 1981” (2005: 210). El presupuesto universitario se redujo en un año el 45%.

Se afirma que

“los docentes fueron, durante estos años, designados en función de su adhesión a los principios esgrimidos por la dictadura. En el ámbito de las humanidades y las ciencias sociales los miembros del cuerpo docente se caracterizaban, en términos generales, por su afinidad con la derecha más reaccionaria”. (2005: 210)

Esto lo dice Buchbinder y nos preguntamos nosotros si realmente fue así. Podríamos hacer un relevamiento (uno por uno) de los profesores de la carrera de Filosofía que tuvimos los que cursamos en aquellas épocas y difícilmente podríamos aceptar esa característica. Además, el antiliberalismo económico de Pérez A. no parecía muy afín por otra parte con la visión económica de Martínez de Hoz, por ejemplo. Sí, por cierto, que había infiltrados.<sup>42</sup> Y es fácil además recordar los controles impuestos para el ingreso al edificio, que fueron flexibilizándose, a lo cual se sumaban la supervisión de programas por parte de los militares y algunas estrategias docentes para burlarlos.

Al fin de la dictadura, el sector universitario privado había incrementado notablemente su matrícula. Pero el gobierno militar no tenía una planificación específica para reorganizar el sistema universitario estatal. El proyecto y la práctica del arancelamiento generaron movimientos de resistencia limitados, llegando la Federación Universitaria Argentina (FUA) a sacar una solicitada rechazando el arancel. A partir de 1981 se fue generando un clima de rechazo a las autoridades y una producción intelectual paralela. Luego de la derrota de Malvinas se reorganizaron las agrupaciones estudiantiles, siendo ellas “el brazo estudiantil de algún partido político” (Buchbinder 2005: 213).

## 6. Final

Antonio J. Pérez A. estuvo entonces con su materia *Introducción a la historia* desde el frondicismo hasta la dictadura militar, pues fallece en 1983. Parece difícil identificarlo como adherido a uno u otro gobierno, aunque son los aspectos “militares” los que han hecho que en Filo<sup>43</sup> lo hayan “borrado”. Ser hijo de militar y haber querido transitar por esa formación parece haber sido un estigma que solo apareció fuertemente

---

<sup>42</sup> Margarita Montanari, en la entrevista mencionada, hizo referencia a que uno de los ayudantes de Introducción a la Historia era de la SIDE, según pudieron averiguar posteriormente.

<sup>43</sup> Reconozco que mi investigación es bastante limitada y podría haberse sostenido en una mayor cantidad de testimonios orales, pero no fue nuestro objetivo realizar una investigación exhaustiva.

después de su muerte, pues no dudamos que si ello no hubiera ocurrido tan temprano, seguiría discutiendo con tirios y troyanos defendiendo sus convicciones y posiciones teóricas.

Murió de un repentino cáncer a la garganta a los 62 años de edad -fumaba mucho- pero incluso iba a tomar exámenes finales con la garganta operada y las enormes dificultades que ello implicaba. Dice Cassani, amigo y coautor de algunos de los textos de metodología, en el libro homenaje ya citado:

“Atacado por un mal implacable, nada ni nadie consiguió doblegarlo. Ya operado, obligado a alimentarse por sondas y a comunicarse por escrito -en inolvidables hojitas de papel-, demostró su espíritu indomable. Cuando se le ofreció la dirección del ‘Instituto Ravignani’ escribió febrilmente, ‘decididamente sí’, dando un ejemplo escalofriante de valor y esperanza”. (Ravina 1995: 12)

Volviendo a lo personal, dije al principio que mi padre me insistió cuando había decidido cambiar de carrera para que fuera a verlo a fin de que me disuadiera de seguir una carrera “humanística” como filosofía, con la cual, a su criterio, me iba a morir de hambre. Nunca fui a verlo por ese motivo. Decidí liberar de pedido tan incómodo a quien tenía tanta pasión por la historia y la vida universitaria.

## Referencias bibliográficas

- Bonavena, Pablo Augusto. 2001. “El cuerpo de delegados como forma organizativa del movimiento estudiantil: el ‘doble poder’ en la Facultad de Filosofía y Letras – UBA” en <http://www.enclaveroja.org.ar/spip.php?article600> (Consulta noviembre 2008).
- Buchbinder, Pablo. 1997. *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires* (Buenos Aires: Eudeba).
- . 2005. *Historia de las universidades argentinas* (Buenos Aires: Sudamericana).
- Caponnetto, Antonio. 2006. *Los críticos del revisionismo histórico II* (Buenos Aires: Instituto Bibliográfico ‘Antonio Zinny’).
- Halperín Donghi, Tulio. 2008. “Una biografía es la historia sin sus problemas” (entrevista) en <http://www.servicios.clarin.com/notas/jsp/enie/v1/notas/imprimir.jsp?pagid=1613060> (Consulta noviembre 2008).
- . 2008a. <http://www.revistaenie.clarin.com/notas/2008/02/23/01613060.html> (Consulta noviembre 2008).
- Montanari, Margarita. 2008. *Entrevista realizada por Rodrigo Amuchástegui el 3/10/08*.
- Oliveira César, Ramón de y otros. 1982. *Quién es quién en América del Sur: diccionario biográfico argentino 1982-1983* (Buenos Aires: Publicaciones Referenciales Latinoamericanas).
- Pérez Amuchástegui, Antonio J. y Jorge Luis Cassani. 1957. *Qué es la historia* (Buenos Aires: Perrot, 1971).
- Pérez Amuchástegui, Antonio J. 1962. *La ‘carta de Lafond’ y la preceptiva historiográfica* (Córdoba: Univ. Nacional, Facultad de Filosofía y Humanidades, Instituto de Estudios Americanistas).
- . 1964. *Mentalidades argentinas (1860-1930)* (Buenos Aires: Eudeba).
- . 1966. *Ideología y acción de San Martín* (Buenos Aires: Eudeba, 1977).
- . 1978. *Autopresentación* (Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras, UNT).

- . 1977. *Algo más sobre la historia: teoría y metodología de la investigación histórica* (Buenos Aires: Abaco-De Palma).
- Ravina, Aurora (coord.). 1995. *Antonio Pérez Amuchástegui. In memoriam. La historia como cuestión* (La Rioja: Ed. Canguro).